

sonad, pues; atronadoras campanas; desataos, oh cantores, en dulces himnos al Señor; seguid, oh niñas, regando con flores el camino de la desposada; revístete, oh Templo, de tus mejores galas; llenaos de regocijo cuantos comprendéis la santidad del matrimonio cristiano; reuñíos, oh amigos de los esposos, en ágape fraterna, como aquella que presidió en Caná nuestro dulce Jesús; rogad, oh ministros del Señor, rogad por su felicidad en este mundo y en el siglo venidero.

Nada de esto os libraré de las penas de la vida. Las flores de vuestro camino se convertirán en espinas; á los himnos de gozo sucederán gemidos de dolor, y á los convites y fiestas, largas horas de amarga soledad y desengaños. ¡Bien lo ha enseñado á vuestros padres la triste experiencial! Pero una cosa jamás se trocará, una sola cosa os seguirá en todas las vicisitudes de la vida, rodeándoos exteriormente como nube de incienso circundando vuestras frentes como auréola, sosteniéndoo interiormente con mágica fuerza, alentándoos y animando todo vuestro ser, y es la *gracia del sacramento*. Que llueva sobre vosotros con mis bendiciones como suave rocío, que jamás se empañe ni se mengüe, que reluzca en vuestras almas con creciente fulgor. Doblád vuestras frentes para recibirla, y estrechad vuestras diestras en prenda de la unión de vuestros corazones.



DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL CONGRESO CATÓLICO DE BURGOS

EL 2 DE SEPTIEMBRE DE 1899.



*Eminentísimos Señores,
Venerables Hermanos en el Episcopado,
Clero y fieles de la católica España:*

NO vengo á pronunciar un discurso. Ni me considero competente en las materias que estáis tratando, ni me toca, simple huésped como soy, terciar en las cuestiones que os agitan.

Faltaría, empero, á los deberes que me imponen la gratitud y la cortesía, si no os dirigiera un saludo de hermano y un voto de gracias por vuestra hospitalidad. Aceptad, os ruego, uno y otro, que os envió, no á nombre mío tan sólo, sino de todo el Concilio Plenario de la América latina, de que fué uno de los presidentes el señor Arzobispo de México, que se halla en medio de vosotros, y en que desempeñé yo mismo las funciones de secretario.

Con aclamaciones de júbilo recibió aquella veneranda Asamblea, la invitación para venir á España, que al

inaugurarse nos dirigió el Emmo. Sr. Cardenal Sancha, Arzobispo de Toledo y Patriarca de las Indias Occidentales. Creció nuestra gratitud cuando el Excelentísimo Sr. Arzobispo de Burgos nos convidó á venir á este Congreso, y si de su voluntad tan sólo hubiera dependido, estarían ahora entre vosotros los 53 Padres que formaron el Concilio Plenario.

Los representamos, al menos, dos Prelados de la hija primogénita de España; y si ambos sentimos inmenso gozo al encontrarnos en medio de tantos Hermanos nuestros en el Episcopado, yo, en particular, experimento doble placer al pisar una vez más la tierra querida en que me ligan con los hombres de letras antiguos vínculos de compañerismo, y al hallarme en esta capital de Castilla, donde hasta las piedras me recuerdan mi origen y mi nombre.

Es una verdad bien conocida que los infortunios comunes unen todavía más que los comunes goces; y la Nueva y la Vieja España, castigadas por la Providencia por idénticas culpas y por la mano del mismo verdugo, con sólo medio siglo de intervalo, parece que hoy más que nunca debieran unirse en estrecho abrazo, al pie de la Cruz destinada á coronar el sepulcro cavado para entrambas, y del cual es preciso resucitar. Pero se trata de la resurrección de toda la raza latina, tan maltratada por el siglo que pronto habrá expirado; y para esta resurrección es indispensable la unión, no sólo de los hijos de España, sino de la madre patria y de sus antiguas colonias.

Los primeros fundamentos de esa unión acaban de ponerse en Roma misma, á los ojos y bajo la dirección del mismo Pontífice León XIII en el Concilio Plenario de la América latina. Yo os digo con orgullo, que desde el de Trento hasta hoy, jamás se ha registrado en los fastos de la Iglesia una Asamblea en que hayan reinado más la caridad, la paz, la fraternidad y la unión, que en el Sínodo que acabamos de celebrar. La formaban Obispos de la misma sangre Ibérica, es cierto; pero de diversas repúblicas, de diversa educación, de opuestos intereses, de contrarias miras en lo humano; y, sin embargo, no hubo la menor divergencia, el más leve disgusto, el más ligero disentimiento; y todos trabajamos juntos para el bien de nuestra Santa Religión y de nuestra común estirpe latina.

Mucho he sentido no encontrar aquí, como esperaba, á todos mis Hermanos del Concilio, que habrían sido testimonio viviente de mis aserciones. Con todo, en este instante me alegro de su ausencia, pues podré haceros una revelación que os servirá de consuelo; pero que habría sido imposible deciros en su presencia.

No sólo el gran Pontífice, que nos miraba con ojos de Padre y habría cubierto con el manto de la caridad hasta nuestros mayores defectos, sino los altos dignatarios y los sabios de Roma, acostumbrados á ver en derredor á tantos varones distinguidos en letras, en ciencias y en piedad y, por consiguiente, tan severos en sus juicios, al ver y oír á mis venerables colegas, al repasar su historia, al examinar sus aptitudes y sus

méritos, los declararon dignos de sus predecesores españoles, los juzgaron iguales al Episcopado de las más cultas naciones europeas.

Con cuánto orgullo oí decir á varios de los más insignes Purpurados, estas lisonjeras palabras: «No son vuestros Obispos semejantes á los misioneros de incultas regiones, que llegan al Episcopado por la fuerza de los acontecimientos; pero sin escuela, sin erudición, sin profundos estudios. Los vuestros corren parejas con los del antiguo mundo, y hemos admirado la piedad de todos, su celo pastoral, su desinterés, sus conocimientos teológicos, su ciencia canónica, su saber, sus letras.»

Os lo repito sin rubor, venerables Hermanos de España, para que veáis una vez más cómo germinó la simiente que allí sembraron vuestros mayores, y os convenzáis de que no es imposible la resurrección de la raza latina.

No sólo la paz y la unión reinaron en nuestro Concilio, sino también una discreción á toda prueba, que hizo desesperar al mundo profano, siempre á caza de noticias, y nos dió la norma de la distancia que debe mediar entre los parlamentos civiles y las asambleas eclesiásticas. Así es que los periodistas de mala ley, en ambos hemisferios, tuvieron que inventar las noticias más absurdas para disimular la inutilidad de sus esfuerzos. Unos dijeron que queríamos abolir el patriarcado de las Indias Occidentales; otros que pretendíamos sujetar á la jurisdicción del mismo Patriarca de

las Indias, nuestras Iglesias americanas. ¿Necesito decirnos que ni uno ni otro proyecto eran de nuestra incumbencia, y que ni siquiera lo soñamos?

Otros periódicos, aparentemente serios, han dicho últimamente que se pretendía nombrar un Primado, *con jurisdicción* sobre todas las diócesis de la América Latina; y partiendo de este falso principio, sacaron las consecuencias más peregrinas, y se entregaron á cavilaciones que sólo han revelado su profunda ignorancia. Dos hechos que voy á narraros bastarán para que comprendáis que tales asertos ni siquiera merecen los honores de la refutación.

Las comunicaciones entre sí de las diversas repúblicas de la América Latina son tan difíciles, que cuando la Santa Sede se dignó pedir nuestra opinión, todos, ó casi todos los Obispos, señalamos á Roma como lugar de reunión; pues de otra suerte habría sido insignificante el número de los que concurrieran al Concilio; juzgad ahora si sería posible poner en la misma América un dignatario con jurisdicción sobre todas las repúblicas.

El Padre Santo, deseoso de evitar todo motivo de celos entre los gobiernos de las diversas repúblicas, dispuso (á pesar de los inconvenientes que esto presentaba) que todos los Arzobispos fuesen presidentes, por turno, del Concilio Plenario. ¡Y había de herir ahora las susceptibilidades de todos, dando jurisdicción á algún Prelado de una república sobre las quince restantes! Si (lo que es imposible) tal medida se tomara, los

resultados del Concilio habrían sido la desunión y las luchas intestinas; mientras, por el contrario, ha producido frutos opimos de paz y de fraternidad, y quizá sea el principio de una alianza no sólo religiosa, sino política, entre los pueblos latinos, para la exaltación de nuestra santa Religión y la resurrección de nuestra común stirpe.

Así lo han entendido por lo menos los gobiernos de muchas repúblicas de la América del Sur, que abiertamente contribuyeron á la celebración del Concilio, que miraron su marcha con no disimulado interés, y que, apenas terminado, han tratado de formular las bases de una alianza política para la defensa de los intereses latinos en América.

¿Serán ilusiones de poeta? ¿Verá el siglo XX la resurrección de nuestra raza? Ya nosotros, los hijos de la Nueva España y de las antiguas colonias, la hemos iniciado en lo religioso. A vosotros, hijos de la Vieja España, toca principalmente llevarla á cabo, y también habéis dado el primer paso reuniéndoos en este Congreso, cuyo objeto, si no me engaño, es promover ante todo la unión de los católicos españoles, es decir, de *todos los hijos* de la católica España. Mejor que yo sabéis que esta unión no puede realizarse sin grandes sacrificios, llevados á cabo por todos y cada uno, y en todas líneas y de todo género: sacrificios de intereses, de opiniones, de afectos, de sentimientos, de aspiraciones, de simpatías, de esperanzas, de ilusiones, de todo. Así no habrá que temer los resultados del segun-

do Guadalete, como llamaba ayer cierto orador á vuestros recientes desastres, porque saldrán de la nueva Covadonga, no un puñado de valientes como el que combatió con Pelayo, sino legiones incontables que os llevarán á victorias todavía más gloriosas.

No sé hasta qué punto puede darse crédito á la tradición que nos presenta á D. Rodrigo, no anegándose en las aguas del río, sino retirándose á Portugal, y combatiendo luego á las órdenes de Pelayo, sin aspirar á honores, sin recordar grandezas, ocultando hasta su nombre. Verdad ó leyenda, tanta abnegación nos encanta, tamaño sacrificio nos cautiva, semejante expiación nos hace perdonarle sus yerros. Si yo tuviera autoridad, sería el modelo que os propondría en las actuales tristísimas circunstancias. Pero carezco de ella, soy vuestro huésped, y debo limitarme á saludaros cordialmente, á daros las gracias por vuestra paciencia en escucharme y vuestra benévola acogida, y á aseguraros que no hay corazón que más ardientemente que el mío suspire por la resurrección de la patria de mis abuelos y de la gran raza latina.

